

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

Nada de cientos ni miles  
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales  
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias  
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones  
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías  
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño  
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID...	Un mes.....	1 pesetas.
	» trimestre.....	2,50 »
	» año.....	10 »

## FUNDADOR

EDUARDO SOJO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS.	Un trimestre.....	3 pesetas.
	» semestre.....	6 »
	» año.....	12 »

## ADVERTENCIA

Rogamos á nuestros corresponsales y suscriptores que se hallen en descubierto con esta Administración, se sirvan hacer efectivas sus cuentas sin pérdida de tiempo.

Las difíciles circunstancias por que atraviesa la prensa, nos obligan á gastos extraordinarios; ha habido número que hemos tenido que rehacer, así en su parte artística como literaria, hasta tres veces.

Con que no descuidarse, caballeros, porque así como Sagasta ha suspendido las garantías constitucionales, nosotros estamos dispuestos á suspender... el envío del paquete á todo corresponsal que haga oídos de yanqui á esta advertencia.

## LO QUE DICE SANCHO PANZA

Consultamos ayer á muchos peles públicos, hombres indoctos, pero que á fuerza de hacer resonar por ahí sus nombres en públicas algaradas y academias de tabernillas... pasan por algo. Entre tantos imbéciles no hemos de comprender á nuestro amigo D. Sancho Panza, el cual he aquí lo que nos ha dicho:

«Yo creo aún, para mi sayo y alforjas, que es digno de una albarda todo aquel que diga que las reformas y aun la independencia de Cuba, han sido motivo de la guerra separatista. Esos ignoran cuál era nuestra legislación, cuánta y cuán grande la benevolencia y tolerancia de España con las colonias... é ignoran que los yanquis han fraguado toda esa maquinaria de sublevaciones para apoderarse de lo que en derecho nos pertenecía.

¡Cuánta sanchez se dice, señor y amo mío! Claramente, esto ha de ocurrir cuando para consulta se llama á todo el que anda en el bulle bulle de las plazuelas...

Fuera bueno estudiar con calma y expresar con llaneza y recto sentido... la verdad.

No hacer de este tiempo feria para pregonar nuestras propias baratijas.

No proseguir alentando el mal—la manía francesa de gobernarlo y arreglarlo todo con discursos y con folículos rimbombantes.

Callense los políticos... todos... de lo contrario, autorizado puedo considerarme y mucho más que ellos... para hablar.

¿Es justo que hablen los que sólo por teorías de pensadores extranjeros y partidos á la extranjera... tratan de la vida nacional?

¿Qué tal? ¿En qué han revelado esos charlatanes conocimiento de nuestra patria?

Basta, basta por Dios... riámonos de ellos, porque aún no nos es dado castigar su maligna necedad.

Bueno será, no obstante, que pregunten parecer acerca de estas cosas á Pero Grullo, Juan de las Viñas, Pericó de los Palotes, Mari-Castaña, Juan Palomo y demás popularísimos personajes que ellos no quieren hacerse jefes de partido... bien que todos ellos dirán sobre poco más ó menos... lo que diciendo vienen los hasta ahora consultados.

¡Ah! Dios mío, Dios mío... pienso, que si no aparece

un hombre de fuerte brazo, duro corazón, valeroso ánimo que dé al traste con todo ese retablo de parlanchines... perecemos, perecemos *extranjizados*... y sin gota de jugo de la rica savia nacional en nuestras venas.

## LA MENTIRA ACADÉMICA

No está el toque, amigo D. Germán, en añadir esta asignatura, suprimir esotra, mermar aquesta y estirar la de más allá. El toque está en que toda nuestra enseñanza, oficial, de la cruz á la fecha, ha quedado convertida en una colosal patraña. El mal que hay que remediar, si remedio tiene, es el de que en España ya nada se enseña y nada se aprende.

Aquí de Schopenhauer: luces, colores, galas, sonrisas, carcajadas; nada falta al brillo de la fiesta: sólo está ausente la alegría. Lutos, penachos, carroza fúnebre, comitiva ostentosa, coches de lujo; el entierro es magnífico: el dolor sólo no concurre. Matriculas, textos, listas, exámenes, títulos, grados; la organización académica es completa; no falta más que la enseñanza.

¿Causas? Muchas. La primera y fundamental la indiferencia, el menosprecio general á todo lo que sea saber. ¿De qué sirve la ciencia? Los grandes problemas de la vida nos los da resueltos la fe. El pan nos lo da el presupuesto. Fortuna te dé Dios, hijo... Fortuna y título. Porque eso sí; un título académico hace falta para todo. Cuanto menos se estima la ciencia, más considerada es la borla. Hay que ser doctor, ó por lo menos licenciado. Esto se obtiene fácilmente á tarjetazos. La mitad de los triunfos académicos son debidos á la cartulina.

Los ignorantes retóricos que nos gobiernan tienen de la ciencia y del saber la misma noción que el vulgo. Para ellos no ha habido el menor cargo de conciencia en la lenta, pero continua infección que desde hace veinticinco años viene sufriendo el profesorado. A sus ojos una cátedra es el título á un sueldo, una excelente colocación para un amigo. Excelente en verdad, porque la función del profesor, si para el que quiera trabajar es de entre todas la más penosa, es para el holgazán la más descansada de todas. A la sombra del favor, los neos, que siempre tienen el padre alcalde, han ido invadiendo los claustros. Toreno, nombrando indefectiblemente á los últimos lugares de las ternas; Pidal, metiendo á los mestizos por la puerta falsa de las auxiliares, nos han hecho un profesorado medioeval. Ser neo é ignorante son cosas que suelen ir juntas. Pero aun suponiendo en cada mestizo un Abelardo ó un Bossuet, no parece lo más discreto y acertado entregar á la dirección de esos espíritus rancieros el alma de una generación que tiene por misión histórica ponerse y ponernos á la altura de los países civilizados.

No puede hacer D. Germán, es verdad, que aquí se enseñe y se aprenda; pero ¿quién le manda meterse á probarnos, con sus reformas anodinas, que á fuerza de ministro de Fomento, no tiene la menor idea del problema que se trae entre manos? Nada hay tan triste, tan desolador como las reformas que no reforman. Mientras excesos, abusos, defectos se mantienen por virtud de su propio peso ó de la velocidad adquirida, aún queda esperanza de que se corregirán un día. Una reforma sin substancia, sin transcendencia, que dejando

el mal subsistente, implícitamente le sanciona, es sólo una agravación del mal mismo. Cuantos hayan echado una ojeada sobre el novicimo plan de segunda enseñanza ideado por Gamazo, se habrán preguntado: ¿es que el ministro no se ha enterado de cómo andan por acá estas cosas? ¿Es que ignora que ya nos daríamos con un canto en los pechos si logramos en cambio que nuestros enciclopédicos bachilleres supiesen, al obtener el grado, escribir con ortografía, llevar la cuenta de la lavandera, traducir una página de Fenelón y señalar la diferencia entre una caliza y un cuarzo?

Del enemigo el consejo. Los Estados Unidos tienen resuelto el problema en que ha fracasado Gamazo. Allí no hay segunda enseñanza. La enseñanza elemental, íntegra y completa, abarca un número de conocimientos que ya quisieran para sí nuestros más sabiduros bachilleres. De ahí se pasa, sin intermedio, á la instrucción técnica ó facultativa. Así se evita ese estéril y gravoso aprendizaje de los convencionalismos académicos en que consiste la segunda enseñanza entre nosotros.

Bien es verdad que, puestos á suprimir, acaso no debiéramos detenernos tan pronto. Un pensador original, que es además miembro distinguido del profesorado, ha propuesto recientemente la clausura de todos los establecimientos de enseñanza pública, como un primer paso dado en el camino de nuestra regeneración intelectual. Es un sistema un poco radical, sin duda, pero de incontestable eficacia para dar fin con la mentira académica. Por desgracia, no es esta sino una de tantas y tantas mentiras en medio de las cuales vivimos. Silvela acaba de decirlo: ¡gran autoridad en la materia! aquí tenemos todas las apariencias de una nación constituida, pero ninguna de sus realidades. Con la mentira académica co-existen y se hermanan la mentira moral, la mentira religiosa, la mentira constitucional, la mentira parlamentaria, la mentira judicial y la mentira... ¡tente lengua! Si á todas-ellas hubiéramos de aplicar el procedimiento sumarísimo que para la enseñanza se pide, fuerza nos sería proclamar aquel famoso proyecto de suicidio de la *Gaceta* concebido por una mente revolucionaria: Artículo 1.º Nada existe. Art. 2.º Nadie está encargado de la ejecución de este decreto.

ALFREDO CALDERÓN.

## DE ACTUALIDAD

## DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Crugen entre el mar las quillas,  
silba el viento entre las velas,  
largas noches de borrasca,  
poca gente y mal repuesta.

Así mares no surcados  
desfloran tres carabelas  
que se alejan de unas playas  
y á otras playas nunca llegan  
—¿quién los guía?— Un pobre sabio  
y esa chusma aventurera  
que perdiendo, nada pierde  
y en el riesgo nada arriesga.

¿Adónde van? ¡Quién lo sabe!  
de chusma y locos la empresa,  
va por camino de espuma  
pidiendo al mar playas nuevas.



EL HOMBRE DEL DÍA



El nuevo príncipe de la Paz.



Otoñal.

¡AL NUEVO PARTIDO!



Qué espantosa soledad.

## DON QUIJOTE



Unico medio de resolver la cuestión de Filipinas.



Preparándose para hacer el tratado.



Gamazo después de dar a luz el plan de enseñanza.



¡Don Práxedes, que se le va á usted la burra!

Ayuntamiento de Madrid



Y sembrando sangre hispana  
en remota, ardiente tierra,  
cual héroes al indio doman,  
cual Dios otro mundo crea.  
Américo puso el nombre  
y Colón puso la idea;  
¡qué ganaron sino olvido  
los que pusieron la fuerza!

EUGENIO SELLES.

## LAS LEYES DE LA HISTORIA

Bajo el brillante sol del Mediodía,  
que difunde el placer y la alegría,  
y cubre la pradera  
con alfombras de flores,  
y alumbra unas mujeres de primera  
y excita á la pereza y los amores,  
se enervan los espíritus, la raza  
decae y se afemina  
y adquiere con el vicio que domina  
muscultura de papel de estraza.

Y siempre ha sido así. Pero un resorte  
movido por extraña y hábil mano  
arroja sobre el monte y sobre el llano  
las hordas de los bárbaros del Norte,  
rudas, fuertes, salvajes,  
que se alimentan con la carne cruda  
y llegan sin más armas ni equipajes  
que toscas mazas y la piel desnuda.

Pelean como el viento que se lleva  
las hojas lácias del jardín florido  
y presta al viejo tronco carcomido  
gérmenes nuevos con la savia nueva.

No queda ni una piedra donde estaba,  
pero callan clarines y bocinas,  
y sobre el pueblo débil que se acaba  
surge un pueblo viril entre las ruinas.

Poco tiempo después, los invasores  
se dejan dominar por los sentidos,  
se entregan al placer y á los amores,  
y quedan como estaban los vencidos...

Yo no entiendo estas leyes  
que rigen á los pueblos y á los reyes...  
Porque esas invasiones  
que vienen á dar vida á las naciones,  
necesarios *ingertos*  
que, aunque traigan rigores excesivos,  
fortalecen la sangre de los vivos  
con la sangre caliente de los muertos,  
pueden tener objetos diferentes.  
¿Cuál se logra alcanzar estas dos cosas:  
vigorizar las razas decadentes,  
ó afeminar las razas vigorosas?

SINESIO DELGADO.

## LA ESPUMA

(PARA EL SEÑOR PUIGSERVER)

—Decididamente algo, y algo muy grave, le ocurre  
á S. E.—reflexionaba el cocinero de un cierto ministro  
de Hacienda;—le he servido tres días el *vol au vent* de  
faísán, su plato favorito, y los tres días ha vuelto in-  
tacto del comedor; el ayuda de cámara me ha asegurado  
formalmente que la casaca de ojos le hace á S. E. una  
enorme arruga en la espalda, y yo mismo he observado  
que la curva del abdomen de S. E., aquella línea, que  
era mi orgullo, la ejecutaria de mis talentos culinarios,  
y de la gravedad del talento del señor ministro dismi-  
nuye y se desfigura de día en día... A S. E. le ocurre  
algo grave... ¿Qué será lo que le ocurre á S. E.?

El cocinero del señor ministro tenía razón al pre-  
ocuparse: S. E., harto de leer un día y otro en los  
periódicos y de oír en las Cámaras que precisaba sa-  
near las finanzas, decir la verdad al país y llevar esta  
verdad á los presupuestos del Estado, había decidido  
demostrar su nekeriana capacidad para acometer tama-  
ña obra.

El señor ministro soñaba con la gloria y veía alzarse  
el monumento á sus talentos, coronado por su estatua,  
valientemente plantada, y á la que tanto *carácter* im-  
primiría aquella línea que en tan alta estima tenía su  
cocinero; pero ¡ah!, que los sueños pronto se desvanec-  
cen! La obra se resistía, los números bailaban infernal  
contradanza en el cerebro de S. E.; hacíanle mil mue-  
cas burlonas, y siempre, al final de las largas y prolijas  
operaciones, el maldito *déficit* surgía, riendo estrepito-  
samente de los afanes de S. E., del monumento á  
sus talentos, de la estatua, y... aquella elegante curva  
se borraba por momentos.

Un día la desesperación y el asombro del cocinero  
llegó á su colmo; había preparado un *chateaubriand*  
*truffé* y, ¡caso inaudito! el *chateaubriand* había vuelto á  
la cocina casi intacto, y aun la pequeña brecha que  
tenía le había sido inferida por la rapacidad del mozo  
de comedor. El Water ministerial sintióse molesto en su  
amor propio, y, gorro en mano, presentóse á S. E.

—Perdone V. E.—le dijo—pero un buen cocinero no  
desconoce las buenas prácticas constitucionales, y cuan-  
do pierde la confianza de su señor, hace lo que yo: pre-  
senta humildemente la dimisión de su cargo. No quiero  
ver disminuir de un modo tan alarmante el volumen  
de V. E., y me retiro de su servicio.

Meditó S. E. un momento; aquel cocinero era un pro-  
digio, no tenía posible sustitución, y además, obrando  
en justicia, no podían recaer sobre él las culpas del  
maldito *déficit*.

—Mira, Pepe—respondió el ministro—ni mi confian-  
za te falta, ni tus platos han perdido el mérito y buena  
sazón que siempre han tenido; aquí lo único que falta,  
es mi apetito; lo que sobra, mis preocupaciones. El  
laurel de tus guisos no basta á hacerme olvidar el de la  
gloria hacendaria, y... para demostrarte una vez más la  
confianza que me inspiras, y la que tengo en tus talen-  
tos, oye la causa de mis males: quiero nivelar los pre-  
supuestos, y siempre me cierra los cálculos el *déficit*.  
¡Maldito *déficit*!

—¿Y no es más que eso, señor?

—Nada más, y es bastante; pero, ¿caso tú sabrías  
sacarme del atasco, darme la receta para este guisote  
de los demonios?... Si la sabes, dila. ¡Quizá en el fondo  
de una cacerola esté el secreto de la Hacienda nacional!

—Habéis acertado, señor. Pepe colocó en un cazo de  
los más grandes dos claras de huevo. Estas claras—  
dijo—apenas cubren el fondo de la cacerola, y, sin em-  
bargo, puede con ellas llenarse. ¿Cómo? Así: y comen-  
zó á batir las claras, que fueron creciendo y creciendo  
hasta llenar, convertidas en blanca espuma, todo el re-  
cipientes hasta rebosar por los bordes...

—Señor: el talento de V. E. habrá adivinado que, la  
cacerola vacía es el presupuesto de gastos; las dos cla-  
ras, que apenas se ven en su fondo, los ingresos verda-  
deros; la solución al problema de la nivelación, ya la  
ha visto V. E., agitar las claras para producir la espu-  
ma; y así, sucesivamente... hasta el *superávit*.

Gracias á su cocinero, el ministro pudo al día siguien-  
te hacer justo honor á un exquisito salmón en salsa  
tártara. La nivelación estaba conseguida.

—Deseo felicitarte por el triunfo, Pepe—dijo al coci-  
nero;—pero antes, dime: ¿Qué es la espuma?

—Señor, la espuma es... puro artificio.

El suceso es viejo, y el sistema hacendario también;  
sólo se ha perfeccionado en que ahora el batido se hace  
friendo al país, y antes se hacía sin freirlo.

Nuestros hacendistas, desde tiempo remoto, no saben  
más que eso: hacer espuma con los escasos recursos de  
la Nación, agotándolos, y... paladear el *chateaubriand*  
*truffé*.

¿Llegará algún día la indigestión? Es lo único que  
no resolvió el cocinero de S. E.

## PARA EL PORVENIR

Problemas á resolver para cuando se firme la paz:

- 1.º El entretenimiento de los 3.000 millones de  
Deuda de Cuba.
  - 2.º La liquidación de todos sus atrasos á las tropas  
repatriadas.
  - 3.º El sostenimiento de un gran número de jefes y  
oficiales excedentes.
  - 4.º El pago de las clases pasivas de Ultramar, y
  - 5.º La campaña de Filipinas.
- ¡Y... nada más!

## JUSTOS POR PECADORES

La pobre madre lloraba ante el banquero ultramari-  
no, al cual había acudido pidiéndole noticias de su  
hijo ausente. Lloraba con la cara cubierta con el delan-  
tal la anciana y campesina Niobe.

D. Ramón la miraba impasible, acariciando la grue-  
sa cadena de oro que descansaba sobre su abdomen, y  
mascando un hermoso Londres cubierto con anillo de  
colores brillantes.

—Pues mire, no debe usted afligirse ¿sabe? su hijo  
vendrá, y vendrá con muchos pesos oro, y conociendo  
el mundo, ¿comprende? Míreme á mí: que fui á la isla  
sin un centavo y me divertí y me gustó el guateque y  
volví con mucha plata sin ocurrirme nada malo.

La madre seguía sollozando.

—Allí los españoles lo son todo y los cubanos ná,  
¿sabe? Y hay mucha gente que trabaja para que se di-  
viertan los que saben vivir. Los negros no hacen más  
que callar y los del país lo que á nosotros nos da la  
ganita. Vaya, serénese que muchos hemos ido y hemos  
explotao aquello, sin afligirnos, ¿sabe?

La madre interrumpió por fin:

—No sé; pero sospecho, me dice algo en el corazón  
que van á pagar nuestros hijos las explotaciones de los  
demás.

CARLOS CHRISTIAN.

## LOS TRABUCAIRES

El primero amar á Dios  
sobre todo lo existente:

¿Le amas mucho, penitente?

—Padre, tanto como vos.

—¿Alguna vez, en su agravio,  
juraste por Dios quizás?

—No ha proferido jamás  
un juramento mi labio.

—Perfectamente; adelante.

—Yo las fiestas santifico.

—(Pues, señor, es un buen chico  
ó miente como un tunante.)

Pasa al cuarto y haz historia.

—A mis padres ¡oh dolor!

honrar no puedo, señor,

sino honrando su memoria.

—¿Murieron?

—Al darme vida,

la madre de mis entrañas.

—¿Y tu padre?

—En las montañas,

en la lucha fratricida.

Después de reñida acción,

cruel le hizo fusilar

un ministro del altar,

guerrillero de ocasión.

Y, en verdad, señor vicario,

que si yo con él me viera,

le matara... ¡aunque estuviera

al pie del confesonario!

Mas ¿qué tenéis, padre mío?

¿Os acometió algún mal,

que os habéis puesto mortal

y os estremecéis de frío?

—El asombro... la emoción...

(Se me anuda la garganta.)

—¿Sigo, padre?

—No, levanta

y toma la absolución.

—¡Sin acabar!

—Tú conciencia

penetro seguramente,

pero jura, penitente,

cumplir esta penitencia.

Decid, y será cumplida.

—¿Por Dios me lo juras?

—¡Sí!

—¡Que no vuelvas por aquí

en el resto de tu vida!

## LAS VÍCTIMAS DEL TRABAJO

—¡Pepe!

La voz venía de la calle y era una voz fresca y alegre  
como una carcajada.

—¡Demontre, la Luisa!—gritó el albañil poniéndose  
de pie en el andamio y asomando todo el cuerpo á la  
calle.

La mujer alzó aún más la voz, temiendo no ser oída.

—¿Oyes? Voy á casa de mi madre. Allí te espero...

Que no tardes.

El albañil, mientras tanto, miraba embobado á su  
mujercita, y se le pasaban los grandes deseos de bajar  
de un salto á la calle para estrecharla contra su corazón.

—Sabes que así, vista de lejos, pareces muy hermosa.

Ella se echó á reír alegremente, muy satisfecha con  
la galantería de su marido.

—¡Tonto, mejor estoy de cerca! Pero, ¡límpiame! Es-  
tás muy alto para verme.

El, entonces, maquinalmente, se echó casi fuera del  
andamio para contemplarla más á su sabor.

—¡Ten cuidado!—gritó ella asustada.—¡Agárrate  
bien á la cuerda!

Pero la recomendación llegó tarde. El pobre hombre  
había puesto un pie en falso y caía á la calle de cabe-  
za, agitando desesperadamente las manos, como bus-  
cando algo de que asirse.

El cuerpo, al caer sobre el empedrado, produjo un  
ruido indescriptible de huesos rotos...

Sonó un grito, un grito semejante á un alarido, y la  
mujer—aquella mujer de voz fresca y alegre como una  
carcajada—se lanzó sobre el ensangrentado cuerpo del  
albañil llorando como una loca...

\*\*\*

Después vino el juzgado y el médico de la Casa de  
Socorro, y hasta un par de parejas de agentes de Orden  
público, y mucha, muchísima gente...

El médico no se dignó siquiera examinar á la vícti-  
ma. Se limitó á pasarle las manos por el pecho bus-  
cándole el corazón, é hizo una mueca de disgusto.

—Está muerto y bien muerto.

Entonces el juez abandonó el lugar de la ocurrencia,  
seguido del Escribano y del alguacil, y dispuso la tras-  
lación del cadáver al Depósito.

Poco á poco fué disolviéndose el grupo de curiosos.  
Caía la tarde. Los guardias de Orden público, mien-  
tras velaban el cuerpo de la víctima, discutían á gritos  
no sabemos qué problemas políticos de actualidad; y la  
mujer del pobre albañil seguía arrodillada en el sue-  
lo, llorando y maldiciendo, frenética de dolor.

\*\*\*

Y al día siguiente publicaban los periódicos la con-  
sabida noticia:

«Ayer se cayó del andamio en que estaba trabajando  
el obrero Fulano de Tal.

Su cadáver fué trasladado al Depósito.»

MIGUEL SAWA.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca 18.